

EL LAICISMO Y LA EDUCACIÓN RELIGIOSA EN BOLIVIA

SE está estudiando en Bolivia el proyecto de Estatuto orgánico de la Educación. En la exposición de motivos a dicho proyecto, el Director general del Ramo hizo un amplio informe explicando su voto favorable al artículo 110 de dicho proyecto, en el que se contiene una declaración expresa sobre la autorización de la enseñanza religiosa a los establecimientos particulares, de acuerdo con el artículo 20 de la Constitución.

En efecto, la Constitución boliviana reconoce como religión del Estado la católica, apostólica, romana, y el artículo 156 faculta a los establecimientos particulares para la organización de dicha enseñanza.

El Director general, en un informe de gran trascendencia, fijó sus puntos de vista sobre el problema del laicismo y la educación religiosa. Su opinión era absolutamente favorable a que los establecimientos particulares pudieran dedicarse a la enseñanza religiosa. Su opinión era tanto más importante cuanto que se trataba de la opinión de un laico.

Por la gran trascendencia que el juicio de un espíritu no católico pueda tener cuando se proclama abiertamente partidario de la enseñanza religiosa, la REVISTA NACIONAL DE EDUCACION transcribe a continuación el texto íntegro de dicho informe.

«Comienzo por declarar —dijo el Director general del Ramo— que personalmente he sido partidario del laicismo. He creído y creo todavía que el hombre es capaz de mejorarse por la cultura, por la comprensión de sus derechos y deberes, por la práctica de

la fraternidad y el cultivo del amor. Pero la experiencia de más de treinta años de enseñanza laica, con los resultados lamentables que ahora contemplo en la baja de la moralidad del pueblo y en la falta de ideales superiores, en sus juventudes y hombres públicos, ha cambiado mi criterio. Mientras se mantenga el pueblo en la ignorancia, con un 85 por 100 de analfabetos; mientras no tengamos un Magisterio preparado científicamente; mientras no tengamos maestros nuevos por el espíritu y la técnica; maestros convencidos de que el fin supremo de la educación es el perfeccionamiento moral; maestros que den el ejemplo con su propia vida y su consagración a la escuela y al niño; maestros que aprovechen todos los momentos, todas las circunstancias y todas las materias, para formar la conducta del educando, no podrá prosperar la educación laica. Entonces, es preferible educar al niño dentro de la Religión, que tiene una moral definida, y no fuera de la Religión, que lleva únicamente a la satisfacción de las necesidades materiales de la vida, sin reparar en los medios ni pensar en las consecuencias, mucho menos, en los propósitos espirituales de la existencia.

Para muchos, parecerá extraña la introducción de la primera parte del artículo que comentamos en un Estatuto que aspira a una transformación radical de la Enseñanza. El laicismo, se dirá, es un principio de tolerancia para todos los credos religiosos, a la vez que una consagración del respeto que merece la personalidad en formación del educando.

Desde luego, si de una parte el Estado reconoce y sostiene una religión, no se concibe que de otra propenda a que los habitantes no tengan ninguna. Hay que ser consecuentes con el principio constitucional o ir a su reforma, separando la Iglesia del Estado. El laicismo aplicado a la educación en nuestro país, en vez de cultivar la neutralidad de ésta, el respeto a todas las creencias, la ha vuelto atea, por haber proscrito a Dios de la Enseñanza. Y este subterfugio ha traído la crisis moral que sufrimos.

Después de la primera guerra europea, Rafael Altamira ex-

clamaba: «Todos los días nos quejamos del enorme déficit que la educación moral presenta en el mundo. La intelectual y física han obtenido grandes progresos en la mayoría de las ocasiones; pero junto a ellos, el vacío de la parte ética se acusa con mayor gravedad. Salvo pequeños oasis de generosidad, que son un milagro de resistencia, cada vez los hombres parecen, en sus relaciones individuales y sociales, más egoístas y duros para con el prójimo, más impenetrables a la piedad y al ya lejano filantropismo. Acentúase el mal en unas naciones —las de escasa cultura y hosco individualismo— más que en otras; pero en todas es visible y amenazador. El corazón se endurece en los momentos mismos en que, para las más altas cuestiones de organización de política internacional, los ideales humanitarios pugnan por abrirse camino. Pero si no empezamos por ser dulces, considerados, piadosos para los seres que nos rodean, y en especial para nuestros iguales, los hombres, ¿cómo hemos de pretender que cuajen organizaciones de paz, cuya base sólida ha de ser interna, de buena intención y sentimiento de justicia?»

«Bien considerada, la bondad es una justicia, la primaria, la elemental, que debemos a nuestros semejantes y a los animales mismos. Pero la bondad no puede florecer en espíritus ya cristalizados. Hay que sembrarla en los corazones nuevos. El lugar de sembradura es la Escuela.

El problema en nuestro país es aún más agudo. A la educación moral y religiosa se substituyó con la educación científica y enciclopédica que llena el cerebro de conocimientos y dogmas científicos, pero que mata el sentimiento y suprime el ensueño y la hipótesis, tan esenciales para el mismo progreso de la ciencia y de la Humanidad.

Las virtudes sencillas y hermosas de la moral cristiana, de la santidad del hogar, de la honradez, de la perfección, el celo apostólico de los maestros religiosos para el cumplimiento de los deberes, la consagración a la niñez y el amor a la limpieza, al orden y el embellecimiento de sus planteles, así como los desintereses sublimes y las abnegaciones heroicas, que con sus santos ejem-

plos nos legaron nuestros antepasados, han desaparecido ante la moral del estómago y la religión del dinero. Julio Payot, el gran maestro francés que ha dirigido a las juventudes con su moral laica durante cuarenta años, acaba de escribir una formidable requisitoria sobre el «Fracaso de la Enseñanza», y en ella confiesa que no se puede dejar de reconocer los inmensos beneficios del catolicismo, la introducción en el mundo bárbaro del horror por los espectáculos crueles, de la caridad: amaos los unos a los otros; el desarrollo de la dulzura y la dirección de la atención sobre la necesidad de la lucha contra los siete pecados capitales, contra el orgullo, la lujuria, la gula y la violencia.

Este reconocimiento de los beneficios de la enseñanza religiosa no quiere decir que aprobemos el sectarismo, menos las exageraciones del culto externo, que llegan a cansar a los mismos estudiantes, hasta el extremo de hacerles odiar esas prácticas. Lo que constatamos es que la aplicación del laicismo como tendencia *irreligiosa* y hasta *antirreligiosa*, ha dado lugar a la honda crisis moral que sufre nuestro país y gran parte de la Humanidad.

La enseñanza laica, que pretende fundar la educación moral en el estudio de la Naturaleza, el respeto de las costumbre de la sociedad y el conocimiento de la verdad, olvida que por encima de la Naturaleza, de la sociedad y de la verdad está el alma del pueblo, representada por la cultura en sus diversas formas: religión, filosofía, patriotismo, literatura, moral, legislación, historia, ciencia, arte, poesía. De ahí también que estos valores creados por la Humanidad constituyan la dirección suprema del proceso educativo, sin que puedan ser eliminados de la Escuela con mengua de la propia alma del niño y de la nación.

Por otra parte, la ciencia enseña lo que es y la moral lo que debe ser, y la sociedad actual está lejos de ser la sociedad ideal del porvenir, sin egoísmos ni odios, sin prejuicios ni desigualdades sociales.

La educación moral hecha de palabras, racionalizada a base de premios y castigos y fundada en la felicidad relativa de esta

vida, sin un ideal superior, es insuficiente para formar al niño bueno, piadoso, correcto, honrado, verídico y altruísta, porque a cada paso encuentra contradicciones en el bienestar aparente de los bribones y el sufrimiento, también aparente, de los honrados.

En cuanto al respeto que se debe tener a la personalidad del niño, está bien en lo que se refiere al respeto de sus intereses que favorecen su propio crecimiento. Pero entre esos intereses, la psicología no ha descubierto uno que se oponga al conocimiento de los deberes humanos y divinos; y si en el niño al principio no es moral ni inmoral porque no distingue aún el bien del mal, corresponde a la educación formar su moral, desarrollando las tendencias buenas que trae al nacer, anulando las malas, canalizándolas y sublimizándolas con espíritu religioso. De otro modo, sería negar el poder formador de la Escuela que hemos sostenido al explicar los ideales sociales que se plasman mediante la educación.

Por otra parte, la psicología infantil va demostrando que el niño propende a lo maravilloso, a la creencia en un ser superior oculto detrás de las cosas y de los seres, que tiene un vivo interés por las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Y ahí están psicólogos contemporáneos como Stanley Hall y Claparède, que sostienen que «el niño es incapaz de someterse a una vida moral sin el auxilio de la Religión». «Hay —dice el primero— en el espíritu cuerdas solemnes que ninguna lección moral puede tocar... La experiencia individual del niño es demasiado escasa para que constituya por sí sola una base suficiente para la educación moral.» Y Claparède añade: «Aun en el supuesto de que la Religión no corresponda a ninguna verdad objetiva, puede ser momentáneamente de mucha utilidad, sirviendo de base y de medio de expresión de sentimientos que, considerados en sí mismos, son muy reales y cuya expansión permite a la personalidad dar un paso difícil en su desarrollo.»

La misma novísima doctrina del psicoanálisis demuestra que los preceptos morales inculcados por la Religión, ya sea en el hogar o la Escuela, forman el rico venero de virtudes del subcons-

ciente, que hace obrar al niño y más tarde al joven y al adulto en forma de hábitos naturales.

En síntesis, al preferir la enseñanza religiosa a la enseñanza laica hablo en nombre de una educación moral con espíritu religioso, primero, porque lo ético es el fin supremo de la vida, la medida de todos los valores, y después, sólo la fe, esa fuerza misteriosa y profunda que late en la encantadora credulidad del niño, como en el ansia irresistible que siente el corazón del hombre para colmar el vacío inmenso entre la pequeñez del mundo y la grandeza del Universo, podrá salvar a la Humanidad del caos en que se encuentra, sosteniendo como último reducto los valores espirituales de Ariel, ante el triunfo desenfrenado de Calibán.»